

EL ESPEJO DE PAPEL

Donde se Retrata la Admirable Vida Cultural
Chilena del siglo XIX
y se Refleja el Retroceso Actual

RAFAEL VARGAS-HIDALGO

Indice

INTRODUCCION	9
CAPITULO I EDITORIALES, CRONICAS Y ARTICULOS CULTURALES	21
CAPITULO II LAS REVISTAS CULTURALES	123
CAPITULO III SOCIEDADES Y ESPACIOS CULTURALES	147
CAPITULO IV ALGUNOS DESTACADOS PERIODISTAS	207
CONCLUSION	285

Esta obra quiere brindar una impresión general del fermento cultural que vivió Chile en el siglo XIX a través del testimonio de sus mismos protagonistas, según se refleja en los diarios y revistas de la época. El propósito no es sólo histórico: se desea que a través de esta lectura se compare al Chile de ayer con el del presente. Como fácilmente saltará a la vista, el paso del tiempo no siempre representa un progreso, sino que a veces, como en este caso, constituye un claro retroceso. Queda al lector efectuar su propia evaluación luego de haberse asomado a este panorama decimonónico, pero se debe notar la superioridad a nivel ideológico y de espíritu que inspiraba el actuar de nuestros antepasados, porque ellos creían apasionadamente en la idea del progreso, en la educación popular, en el mejoramiento de la sociedad a través de la instrucción, en la grandeza cultural de Chile capaz de enfrentarse en este terreno a las civilizaciones europeas. Y en pos de estos ideales eran capaces de los mayores esfuerzos, derrochando energía, optimismo y profundo amor por el país. Son ellos quienes levantaron el edificio cultural que otrora nos diera prestigio internacional.

Este libro no pretende efectuar una historia del periodismo nacional, a manera de la que ya han hecho autores como Raúl Silva Castro, Alonso Valdebenito o Eduardo Santa Cruz. Por el contrario, la intención es mostrar un Chile vívido que refleje sus aspiraciones, inquietudes y avances culturales en el siglo XIX. Es decir, esta obra traerá a la memoria el admirable avance cultural de Chile en la última

mitad de esa centuria; estrecho margen de tiempo impuesto por el escaso espacio que tengo a disposición, pero también el más interesante y dinámico de ese siglo, según bien dijo un escritor en 1844: “Cualquiera que eche una ojeada sobre el cuadro que presentaba Chile antes del año [18]40, lo verá descolorido, sin originalidad. La sociedad toda no respiraba más que añejas preocupaciones. La civilización estaba estacionada, los estudios abandonados a la rutina de las aulas; no se hacía más que plagiar, imitar servilmente los modelos antiguos, y bajar la cabeza (en literatura) al oír el nombre del que había escrito algún cartapacio o traducido una oda latina. Las reglas iban ante todo, y encadenaban el genio. La crítica del mal gusto (ese espíritu de destrucción y de análisis), helaba con su soplo el ardor del corazón; el entusiasmo del alma. Los estudios que se abrían en los colegios nos llenaban de fórmulas, de pesadas máximas sin aplicación y estériles resultados. En todo se dejaba sentir los hábitos del coloniaje, sus preocupaciones. La inteligencia no podía ensancharse; se encontraba desprovista de métodos exactos que le diesen buena dirección, de ideas generales que la abriesen un campo vasto para sus raciocinios y de principios sociales que la uniesen a la cadena rota que la separaba de la humanidad. El elemento civilizador no nos tocaba por ningún lado, la sociedad permanecía con indolencia sumida en la obscuridad, estacionada, mientras el mundo marchaba a pasos gigantescos, se iluminaba con un rayo de la filosofía socialista. Los establecimientos de educación que se están formando ahora nos prueban las ventajas que alcanzamos sobre aquellos tiempos; y el deseo de saber que en todos se advierte, nos manifiesta también que la corriente de la civilización se precipita por todas partes”¹.

Ese fue un período en el cual todas las acciones públicas estaban inspiradas en una idea central, en la que todos creían: el progreso. Y se consideraba que la quintaesencia del progreso era la educación pública, entendiéndose por ella no sólo la instrucción formal sino que la divulgación científica en los periódicos, las temporadas de concierto y teatro, la actividad de las academias literarias, la publicación de revistas de astronomía o de arte; en fin, como se decía entonces, se trataba de la “educación social”. Esta fuerza motriz se encuen-

tra bien reflejada en estas palabras de una editorial del diario *El Ferrocarril*: "... los amantes de la instrucción y educación social, que son los amantes del verdadero progreso..."² Y otro editorialista decía desde el periódico literario *El Alba*: "... no condenamos los esfuerzos que tienden al progreso material; no. Pero pedimos y deseamos que esos esfuerzos y esa buena voluntad no sea exclusivos... tengan también un aplauso para el que se desvela por llevar una página a la literatura nacional, para el que sostiene una buena idea, y entonces los trabajadores del progreso material y los obreros de la inteligencia marcharán contentos y unidos hacia el fin supremo de todo pueblo"³.

Múltiples razones han movido a este autor a utilizar los periódicos y las revistas del siglo XIX como instrumento de investigación. Desde luego, la rica información que contienen ha sido muy rara y limitadamente utilizada, permitiendo así brindar aquí inéditos datos y pensamientos. La vivacidad y variedad de los artículos periodísticos permiten recrear con singular fuerza la vida cultural de nuestros antepasados. Los ejemplos de artículos que aquí consignamos podrán inspirar otras investigaciones de este tipo. La lectura de la Historia a través de estos artículos resulta tan amena que constituye un método ideal para acercar a un vasto público a las proezas culturales de nuestros tatarabuelos. Finalmente, ya a mediados del siglo XIX se reconocía en Chile a la prensa como el cuarto poder del Estado; por lo tanto, resulta esencial conocer las opiniones que en ella están consignadas para comprender cabalmente las inquietudes de esa época.

Uno de los mayores periodistas del siglo XIX, Fanor Velasco, usó el siguiente criterio para analizar a la prensa nacional: **¿Se ha transformado la prensa en un elemento poderoso, capaz de generar cultura y civilización?** Este criterio nos debería guiar hoy, igualmente, en la evaluación de la labor de los diarios, las revistas, la televisión y la radio. El material que contiene este libro ofrecerá al lector pautas, objetivos, métodos y elementos de comparación que le serán útiles al preguntarse, como lo hacían sus bisabuelos: ¿es la prensa actual capaz de generar cultura y civilización?

El lector sentirá nostalgia de ese Chile que ha quedado sepultado en el olvido. Hoy ningún medio de prensa nacional alcanza los nive-

les de excelencia de la información cultural que imperó en tiempos de nuestros antepasados y cuya saludable influencia proyectó su sombra hasta hace pocas décadas; hoy ni siquiera se ejercita la crítica literaria a esas alturas que eran proverbiales de Chile y las revistas semanales de los domingos (que es el único momento en que los periódicos parecieran recordarse que existe algo más que política y deportes) traen, en su ostentación de colores, un cargamento variado, pero sin ningún brillo, ni originalidad, ni fuerza polémica, ni hermosura literaria; y esta liviandad no se debe a la falta de talentos nacionales, sino que a la casi absoluta imposibilidad que tienen de acceso a sus páginas las personas ajenas a círculos totalmente cerrados, mientras que en el pasado, si por algo se caracterizaban los periódicos, era justamente por su apertura a la comunidad intelectual y artística, y por el afán que se daban los editores en ir a la búsqueda y estímulo tanto de las bien adiestradas plumas como de las noveles. Incluso ahora que contamos con poderosos y extraordinarios medios como la televisión, se desprecia esta magnífica forma de instrucción popular, llevándose este órgano de prensa las palmas en cuanto a ser el más vacío de contenido, pareciendo que sus directores quisieran drogar al pueblo con fútbol, cancioncitas y liviandades, mientras que la cantidad y gravedad de los problemas que existen en el país y en el mundo impondrían constantes debates y reportajes en profundidad sobre cuestiones que afectan nuestro porvenir y la comprensión del tiempo en que estamos viviendo. De esta situación se salvan algunos programas radiofónicos, debiéndose resaltar la meritoria labor de Radio Cooperativa que cada mañana llena, con útiles informaciones, los hogares chilenos a través de entrevistas a un amplio sector de profesionales y trabajadores, hechas por periodistas agudos, simpáticos (¡bendita y rara virtud!), bien informados y que calan hondo con sus preguntas y con la selección de los temas.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué nos hemos extraviado? ¿Qué podríamos hacer para recuperar los niveles de antaño? ¿Qué valores han desaparecido? Estas son las preguntas que deberían brotar espontáneamente al verse desfilar los viejos estandartes del periodismo nacional.

La explicación que a menudo he escuchado para responder a esas preguntas es la siguiente: el mundo ha cambiado y el sistema económico que hoy impera dicta esta superficialidad y ligereza en los medios de prensa. Pero se debe desengañar a quienes así piensan porque, por ejemplo, en los mejores periódicos de Europa (un continente al cual nuestros bisabuelos declararon innumerables veces querer sobrepasar en el terreno cultural, como podrá comprobar el lector de los siguientes capítulos) se publican a diario (y no sólo los domingos) artículos del mayor interés y valor cultural, que hacen gala de ingenio, originalidad y estímulo intelectual. Además, en esos países se imprimen revistas de divulgación general, al más alto nivel, en todos los campos de las ciencias y de las artes. De modo que el problema es chileno y no general a nivel mundial, aunque, naturalmente no es un problema que afecta sólo a Chile, pero aquí la situación es más grave si se considera el enorme legado cultural que nos dejaron nuestros mayores.

Uno de los medios que usaron los gobiernos del siglo XIX para alentar la publicación de diarios y revistas fue el eximir al envío de las suscripciones del pago del correo (además se aplicaba a los periódicos una bajísima tarifa por el uso del telégrafo). Como nosotros pretendemos ser mucho más civilizados que nuestros tatarabuelos, no sólo habríamos cobrado esas tarifas sino que las habríamos recargado con un 18 por ciento por concepto de IVA. ¿Quién dijo que el paso del tiempo constituye necesariamente un progreso? ¿Qué habrían dicho Andrés Bello, Diego Barros Arana o Benjamín Vicuña Mackenna si hubieran visto que hoy se aleja al pueblo de la lectura mediante un IVA gravoso? Pues habrían salido de sus casillas y habrían dicho cosas muy duras porque nuestros mayores no tenían pelos en la lengua, sobre todo cuando se tocaba al sacrosanto derecho de instrucción que tiene el pueblo.

En los recortes de prensa que aquí van, se notará un encomiable afán creativo de los periodistas y una profunda confianza por la instrucción pública, por el valor social de las artes y por el progreso científico. Nuestros antepasados querían hacer de Chile una luminaria cultural, no sólo a nivel americano, sino que mundial. Lo decían continuamente, como leerá con admiración quien se asome a estas páginas.